
ACTO PRIMERO.

Sala gótica antigua del ayuntamiento de Pilsen, decorada con banderas y otros trofeos bélicos.

ESCENA PRIMERA.

ILLO con BUTLER é ISOLANI.

ILLO.—Tardé llegáis... pero llegáis al fin. Tan largo camino, oh Conde Isolani, disculpa vuestra tardanza.

ISOLANI.— Pero no venimos con las manos vacías. Dijosenos en Donauworth que un convoy de provisiones sueco, compuesto de seiscientos carros, pasaba al mismo tiempo... Atacáronlo los croatas, y lo traemos.

ILLO.—A punto llega para proveer este ejército numeroso.

BUTLER.— Vida hay aquí sin duda; bien lo veo.

ISOLANI.— Sí, sí; hasta las iglesias están llenas de soldados. (Mirando alrededor.) Y hasta en el Ayuntamiento, según observo, os habéis cómodamente aposentado... ¡Ya, ya! El soldado se arregla y se ayuda como puede.

ILLO.— Se han reunido aquí los coroneles de treinta regimientos; encontraréis á Terzky, á Tiefenbach, á Colalto, á Götz, Maradas, Hinnersan, y además á Piccolomini padre é hijo... Podréis saludar á muchos amigos antiguos. Sólo nos faltan Gallas y Altringer.

BUTLER.— No esperéis á Gallas.

ILLO. (Sorprendido.) ¿Cómo así? Sabéis...

ISOLANI. (Interrumpiéndole.) — ¿Maximiliano Piccolomini aquí? ¡Oh! Llevadme á verlo. Parece que ahora le contemplo, como diez años hace, cuando peleamos contra Mansfeld en Dessau, y se lanzó desde el puente con su caballo para socorrer á su padre en peligro, arrastrado por la corriente rápida del Elba. El bozo apenas daba sombra á su barba, y ahora, segun dice la fama, es ya un héroe perfecto.

ILLO. — Hoy lo veréis. Escolta desde la Carintia á la Duquesa de Friedlandia, y á la Princesa, y estarán aquí antes del mediodía.

BUTLER. — ¿Trae también el Duque á su esposa, y á su hija? Mucha gente quiere reunir, sin duda.

ISOLANI. — Tanto mejor. Yo esperaba no oír hablar más que de marchas, de baterías y de ataques, y he aquí que el mismo Duque se encarga de recrear nuestros ojos con cosas más agradables.

ILLO. (Pensativo, á Butler, al que lleva un poco aparte.) — ¿Cómo sabéis que el Conde Gallas permanecerá fuera?

BUTLER. (Con misterio.) Porque él mismo ha intentado retenerme junto á sí.

ILLO. (Con pasión.) — ¿Y mostrasteis firmeza en vuestro propósito? (Apretándole la mano.) ¡Valiente Butler!

BUTLER. — Después de los favores, que recientemente me ha dispensado el Príncipe...

ILLO. — ¡Sí, sí, General mayor! Os doy la enhorabuena.

ISOLANI. — Del regimiento que el Príncipe le ha concedido, ¿no es verdad? Y, según parece, es el mismo, en que sirvió como soldado. Seguramente, pues, ha de ser esto un estímulo para todo el cuerpo; un ejemplo loable que pruebe cómo puede hacer su carrera un antiguo y benemérito guerrero.

BUTLER. — Dudo si recibir ó no vuestras felicitaciones, faltando todavía la confirmación del Emperador.

ISOLANI. — ¡Es cosa hecha; es cosa hecha! La mano que os ha colocado ya en ese puesto, es bastante fuerte para manteneros en él, á pesar del Emperador y de sus ministros.

ILLO. — ¡Ojalá que todos nosotros reflexionáramos en esto! Nada debemos al Emperador; del Duque proviene cuanto esperamos, cuanto tenemos.

ISOLANI. (A Illo.) — ¿Os lo he contado ya, compañero? El Príncipe se propone contentar á mis acreedores, y en adelante ser él mismo mi cajero, hasta hacer de mi un hombre arreglado. ¡Y advertid que ya va por tres veces que este comportamiento, digno de un rey, me libra de una ruina cierta, y de una cierta deshonra!

ILLO. — ¡Y si pudiera hacer cuanto desea! Tierras y vasallos prodigaría gustoso á sus soldados. Pero lo sujetan en Viena, y siempre que es posible le cortan los vuelos... Si no, ahí están las nuevas y onradas exigencias que nos trae Questenberg ahora.

BUTLER. — Algo he oído yo también de estas pretensiones imperiales... espero, sin embargo, que no cederá el Duque ni una sola pulgada.

ILLO. — De su derecho, no, de seguro... pero quizás... su puesto.

BUTLER. (Sorprendido.) — ¿Sabéis alguna cosa? Me asustáis.

ISOLANI. (Bajando la voz.) — Nos vemos todos arruinados.

ILLO. — ¡Cortemos por lo sano!... Pero veo venir allí á nuestro hombre, con el teniente general Piccolomini.

BUTLER. (Moviendo la cabeza pensativo.) — Mucho me temo que salgamos de aquí como vinimos.

ESCENA II.

LOS MISMOS.—OCTAVIO PICCOLOMINI,
QUESTENBERG.

OCTAVIO. (Todavía desde lejos.)—¿Cómo? ¿Más huéspedes aún? ¡Confesadlo, pues, amigos! Sólo merced á esta guerra deplorable, se reúnen tantas cabezas famosas de innumerables héroes en el recinto estrecho de un campamento.

QUESTENBERG.—Que no venga al campamento de Friedlandia quien haya de pensar mal de la guerra. Casi hubiera olvidado yo sus consecuencias observando el talento superior que preside á este orden, con el cual se devasta el orbe, y la grandeza que resplandece en cuanto hace.

OCTAVIO.—Y ved aquí una valiente pareja, que cierra dignamente este círculo de héroes, el Conde Isolani y el coronel Butler... Ya tenemos á la vista todo el misterio del arte de la guerra. (Presentando á Butler é Isolani.) Esta es la fuerza, amigos, y la rapidez.

QUESTENBERG. (A Octavio.)—Y entre ambas cosas el consejo de la experiencia.

OCTAVIO. (Presentando Questenberg á aquéllos.)—El chambelán y consejero de guerra Questenberg, el encargado de ejecutar las órdenes del Emperador, el gran favorecedor y protector de los soldados, á quien honramos en la persona de este digno huésped. (Silencio general.)

ILLO. (Acercándose á Questenberg.)—No es esta la vez primera, señor Ministro, que nos honráis con vuestra presencia.

QUESTENBERG.—En otra ocasión me he visto delante de estas banderas.

ILLO.—¿Y sabéis en dónde fué? En Znaim, en la Moravia, á donde llegasteis de orden del Emperador, para rogar al Duque que se pusiese de nuevo al frente del regimiento.

QUESTENBERG.—¿Para rogarle, señor General? Ni fué tan allá mi comisión, que yo sepa, ni mi celo.

ILLO.—Para obligarlo, si os agrada. Lo recuerdo perfectamente. El Conde Tilly acababa de ser derrotado junto al Lech... Baviera quedaba abierta al enemigo... ningún obstáculo le impedía penetrar hasta el corazón del Austria. Entonces os presentasteis con Werdenberg ante nuestro General, asaltándolo con súplicas, y amenazándole que incurriría en la desgracia del Emperador, si no se condolía de tanta desdicha.

ISOLANI. (Interviniendo.)—¡Sí, sí! Es fácil de comprender, señor Ministro, por qué no queréis recordar aquella otra comisión, trayendo ahora ésta.

QUESTENBERG.—¿Por qué no? No hay entre ambas la menor contradicción. Tratábase entonces de arrancar la Bohemia de las manos del enemigo; hoy debo librarla de las de sus amigos y protectores.

ILLO.—¡Soberbio encargo! Despues que, á costa de nuestra sangre, expulsamos de esta Bohemia á los sajones, se intenta pagárnoslo arrojándonos también de su territorio.

QUESTENBERG.—A no trocar una desdicha por otra, esto país desventurado ha de verse libre del azote de sus amigos y enemigos.

ILLO.—¿Cómo! El año ha sido bueno, y el labrador puede pagar ya con desahogo.

QUESTENBERG.—Seguramente, señor Feldmariscal, si habláis de ganados y de pastos...

ISOLANI.—La guerra alimenta á la guerra. Sí; si los labradores sucumben, en cambio gana el Emperador soldados.

QUESTENBERG.—Y á proporción se harán más escasos sus súbditos.

ISOLANI.—¡Qué diablo! Todos nosotros somos súbditos suyos.

QUESTENBERG.—Con una diferencia, señor Conde. Los unos, con ventaja, llenan sus bolsillos en virtud de su trabajo, y los otros sólo saben vaciarlos de lo lindo. La espada ha empobrecido al Emperador, y sólo el arado puede enriquecerlo de nuevo.

BUTLER.—No sería pobre el Emperador, si no hubiese tantas... sanguijuelas que chupasen la riqueza del país.

ISOLANI.—Aun no hemos llegado á ese extremo. Por lo que veo (Adelantándose y señalando al uniforme de Questenberg), falta mucho todavía para que todo el oro se convierta en moneda.

QUESTENBERG.—A Dios gracias, algo ha podido escapar... de las manos de los croatas.

ILLO.—Cuando Slawata y Martinitz, en los cuales el Emperador, con enojo de todos los buenos bohemios, acumula favores y gracias, se rellenan... robando á ciudadanos desterrados... engordan con el daño común, y sólo maduran con la universal desdicha..., y se burlan con su regia pompa de las plagas de la nación..., ellos y sus iguales debieran pagar la guerra destructora, que ellos solos también encendieron.

BUTLER.—Y estos parásitos, que viven á costa del país, y cuyos pies están siempre bajo la mesa del Emperador, corriendo hambrientos detrás de todos los beneficios, escatmando el pan al soldado en presencia del enemigo, y poniendo reparos á las cuentas.

ISOLANI.—Toda mi vida me acordaré de la ocasión en que estuve en Viena, por la remonta para nuestro regimiento: hiciéronme rodar de antesala en antesala, dejándome largas horas entre los cortesanos, como si hubiera

ido á mendigar algún favor. Al fin... me enviaron un capuchino, creyendo yo que para confesarme de mis pecados. Pero no; era el personaje con quien debía yo tratar el asunto de los caballos. Me vine sin ultimarle, y el Príncipe, á los tres días, logró lo que en treinta no pude obtener en Viena.

QUESTENBERG.—¡Sí, sí! Consta seguramente en las cuentas, y sé que queda algo por pagar.

ILLO.—La guerra es un estado de fuerza y violencia. Nada se adelanta con la dulzura, ni es posible respetarlo todo. Si se conviniera en que la corte eligiese la menor desdicha entre veinticuatro, ¡largo tiempo esperaríamos!... Lo mejor es lanzarse sin miedo á la mar, y sea lo que Dios quiera... Los hombres, por lo general, se acomodan á las costuras y remiendos, y prefieren una necesidad odiosa á una elección amarga.

QUESTENBERG.—Sí, es cierto. El Príncipe nos ahorra la elección.

ILLO.—El Príncipe cuida como un padre de sus tropas, y ya vemos cómo piensa el Emperador de nosotros.

QUESTENBERG.—Su corazón es el mismo para todos, y no puede sacrificar unos á otros.

ISOLANI.—Por eso nos echa al desierto con los animales carneeros, para guardar mejor sus queridas ovejas.

QUESTENBERG. (Con sarcasmo.)—¡Señor Conde! La comparación es de usted... no mía.

ILLO.—Sin embargo, si fuésemos como nos juzgan en la corte, sería quizás peligroso darnos la libertad.

QUESTENBERG. (Con formalidad.)—Esa libertad se habrá tomado, no concedido, y lo que urge, por tanto, es refrenarla.

ILLO.—Acaso se tropezará con un caballo salvaje.

QUESTENBERG.— Lo domará mejor jinete.

ILLO.— Sólo sufre á quien lo ha domado.

QUESTENBERG. — Si está domado, seguirá también á un niño.

ILLO. — Ya, según sé, se ha encontrado á ese niño.

QUESTENBERG. — Cuidaos de cumplir vuestro deber, y no de cómo se llama.

BUTLER. (Que se adelanta, habiendo estado aparte hasta entonces con Piccolomini, aunque interesándose visiblemente en la conversacion.) ¡Señor Presidente! El Emperador tiene en Alemania un ejército importante; habrá acampados en este reino unos treinta mil hombres, y diez y seis mil en la Silesia; diez regimientos en el Weser, el Rhin y el Mein; y en la Suabia seis, y doce en la Baviera, hacen frente á los suecos. No hablo de las guarniciones, que pululan en las fronteras de las plazas fuertes. Todos obedecen á los generales del Duque. Quienes los mandan han estado en la misma escuela, han mamado la misma leche, y un mismo corazón late en sus pechos. Extranjeros en esta tierra, el servicio es su único hogar, su única patria. El amor á aquella no los inspira, porque miles como yo son de otros países. Tampoco los mueve la adhesión al Emperador, porque la mitad son fugitivos de naciones extrañas, y poco les importa pelear por el águila de dos cabezas, por el león, ó por las flores de lis. Uno solo los refrena con vigor, y por el amor y por el miedo, forma de ellos un verdadero pueblo. Y así como la chispa eléctrica del rayo corre segura y veloz por los hilos conductores, de la misma manera sus órdenes, desde los últimos puestos avanzados, que oyen mugir el Belt en las dunas, ó que contemplan los fértiles valles del Adige, circulan hasta los centinelas cuyas garitas se elevan junto al palacio del Emperador.

QUESTENBERG. — Y ¿cuál es el sentido, el compendio, de tan larga perorata?

BUTLER. — Que el respeto, el afecto y la confianza que

nos inclina á obedecer al Duque de Friedlandia, no se traspasa por encanto al primer recién venido, que nos envíe la corte de Viena. Recordamos además perfectamente cómo vino al mando nuestro General. ¿Fué acaso la Majestad Imperial la que le confió un ejército, ya organizado, tomándose sólo el trabajo de poner un jefe á su frente?... Ni ejército había tampoco. El Duque hubo de formarlo, no recibió ninguno... y lo dió al Emperador. No fué éste quien nombró general á Wallenstein. ¡No fué así, no! De Wallenstein aceptamos por soberano al Emperador, y él, él solo es quien nos tiene reunidos bajo sus banderas.

OCTAVIO. (Adelantándose entre los dos.)— Tened presente, señor Consejero de la guerra, que os encontráis en un campamento y entre militares. La audacia y la libertad forman al soldado; y si ha de obrar con energía, ¿cómo no hablar lo mismo?... Una cosa es el efecto de la otra. La osadía de este digno oficial, (Señalando á Butler.) que se equivoca ahora de objeto, conservó para el Emperador, cuando sólo el atrevimiento era la prenda de salvación, la ciudad de Praga, amenazada de un formidable motín de su guarnición. (Óyese á lo lejos música guerrera.)

ILLO. — ¡Ellas son! La guardia saluda.— Esta señal nos anuncia que llega la Princesa.

OCTAVIO. (A Questenberg.) — Mi hijo Maximiliano estará también de vuelta. Las ha traído y escoltado desde la Carintia.

ISOLANI. (A Illo.) ¿Vamos juntos á darles la bienvenida?

ILLO. — Bueno; vamos allá. ¿Venís, coronel Butler? (A Octavio.) Recordad que, antes del mediodía, nos reuniremos con este señor en el aposento del Príncipe.

ESCENA III.

OCTAVIO y QUESTENBERG, que se quedan en la escena.

QUESTENBERG. (Con gestos de sorpresa.) — ¿Qué cosas me he visto obligado á oír, señor teniente general? ¿Qué obstinación desenfrenada! ¿Qué ideas!... Si tal es el pensamiento general que reina aquí...

OCTAVIO. — Habéis oído á tres cuartas partes del ejército.

QUESTENBERG. — ¡Ay de nosotros! ¿Cómo encontrar otro ejército, para tener á raya á este? Ese... Illo, según sospecho, piensa mucho peor de lo que habla. El otro, Butler, no puede ocultar sus aviesos instintos.

OCTAVIO. — Susceptibilidad... orgullo irritado... ¡nada más! A este Butler no lo abandono yo todavía; conozco los medios de desterrar de su espíritu las malas inclinaciones.

QUESTENBERG. (Paseándose desasosegado.) — ¡No! Esto es peor, ¡oh! ¡mucho peor, amigo! de lo que habíamos soñado en Viena. Lo observábamos sólo con ojos de cortesanos, deslumbrados por el esplendor del trono, y aun no habíamos visto al General, omnipotente en su campamento. ¡Todo es aquí de otra manera! ¡Aquí no hay ya Emperador! ¡El Emperador es el Príncipe! El paseo, que he dado por aquí en vuestra compañía, ha desvanecido mis esperanzas.

OCTAVIO. — Así os habréis convencido de lo peligroso de la comisión, que me habéis confiado desde la corte... y cuán expuesto es el papel que he de representar aquí. La más leve sospecha del General me costaría la libertad y la vida, y apresuraría la ejecución de sus proyectos perversos.

QUESTENBERG. — ¿En qué estábamos pensando, al entregar una espada á un loco, y confiar en tales manos tanto poder? ¡La tentación era demasiado fuerte para este corazón perverso! ¡Hasta hubiera sido peligroso para el hombre más leal! Rehúsará, yo os lo aseguro, obedecer las órdenes del Emperador. Puede hacerlo, y lo hará... Su orgullo virgen revelará vergonzosamente nuestra debilidad.

OCTAVIO. — Y ¿creéis que, sin motivo, haya traído al campamento á su esposa y á su hija en el instante crítico, en que nos preparamos para la guerra? Arrancar esas últimas prendas de su fidelidad del territorio del Emperador, anuncia el próximo estallido de la rebelión.

QUESTENBERG. — ¡Ay de nosotros! ¿Cómo hacer frente á la tempestad, que se levanta amenazadora de todas partes? En las fronteras, el enemigo del Imperio, dueño ya del Danubio, avanzando siempre más y más... el campesino armado... todas las clases en conmoción... y el ejército, de quien esperábamos ayuda, corrompido, sin freno, sin cuidarse del Estado ni del Emperador, arrastrado en su extravío por un hombre en delirio, instrumento formidable, obedeciendo ciegamente en cuerpo y alma al más temerario de los generales.

OCTAVIO. — No renunciemos antes de tiempo á nuestros propósitos, amigo mío. La lengua se mueve siempre más que las manos; y algunos, dispuestos ahora en apariencia á los mayores excesos, llevados de su pasión imprudente, ballan de improviso un corazón en su pecho, si oyen llamar á su delito por su nombre. Por lo demás, no carecemos de defensores por completo. El Conde Altringer y Gallas, como sabéis, mantienen en el deber á su pequeño ejército, y aumentan su fuerza cada día. Él no puede sorprendernos, y sabéis que mis espías lo rodean por todas partes. Llegan á mí noticia sus acciones más insignificantes... y hasta me las revelan sus mismos labios.

QUESTENBERG. — Es de todo punto incomprensible que no advierta la proximidad del enemigo.

OCTAVIO. — No penséis, acaso, que yo, por medio de artificios engañosos ni de bajas complacencias, me haya atraído su favor, ni que con palabras hipócritas haya ganado su confianza. Son mis guías la prudencia y el deber, que me imponen mi patria y mi soberano, y así, oculto mi pensamiento. ¡Jamás le he engañado con mentiras!

QUESTENBERG. — Es una visible protección del cielo.

OCTAVIO. — No sé lo que tan poderosamente lo atrae y encadena á mi hijo y á mí. Siempre fuimos amigos y hermanos de armas; la costumbre de tratarnos, aventuras comunes nos unieron ya desde un principio... aunque puedo yo señalar el día, en que de repente se abrió para mí su corazón, aumentándose su confianza. Fué la mañana anterior á la batalla de Lützen. Un sueño importante me obligó á buscarlo, y á ofrecerle otro caballo para la pelea. Lo hallé dormido, lejos de las tiendas, y á la sombra de un árbol. Cuando lo desperté y le conté mi propósito, me contempló admirado largo tiempo; luego me abrazó mostrando una emoción que no merecía mi leve servicio. Desde ese día me persiguió su confianza en la misma proporción en que le retiré la mía.

QUESTENBERG. — ¿Pondréis también á vuestro hijo al contrario de vuestro secreto?

OCTAVIO. — ¡No!

QUESTENBERG. — ¿Cómo? ¿Y no le advertís siquiera en qué malas manos se encuentra?

OCTAVIO. — He de confiarlo á su propia inocencia. El disimulo es incompatible con un alma sincera, y sólo su ignorancia puede darle la libertad de espíritu indispensable para inspirar al Duque confianza.

QUESTENBERG. (Con recelo.) — ¡Mi digno amigo! Tengo del

coronel Piccolomini la opinión más favorable... pero... si... reflexionad que...

OCTAVIO. — Es menester aventurarse... pero ¡silencio! que viene.

ESCENA IV.

LOS MISMOS y MAXIMILIANO PICCOLOMINI.

MAXIMILIANO. — ¡El sí, él mismo es! ¡Mi querido padre! (Lo abraza, y al volverse ve á Questenberg, y se retira con frialdad.) ¿Ocupado, según observo? No quiero importunaros.

OCTAVIO. — ¿Cómo así, Maximiliano? Mirad más atentamente á este huésped. Un antiguo amigo merece más atenciones, y más respeto un enviado de tu Emperador.

MAXIMILIANO. (Con sequedad.) — ¿Questenberg? Bien venido seáis, si traéis algo bueno á este cuartel general.

QUESTENBERG. (Tomando sus manos.) — ¡No retiréis vuestra mano, Conde Piccolomini! No la estrecho sólo por mí, y bastante digo con esto. (Apretándole las dos.) ¡Octavio... Maximiliano Piccolomini, nombres de buen agüero y salvadores! La dicha no huirá jamás de Austria mientras estos dos astros, fecundos en bienes y propicios, brillen sobre sus ejércitos.

MAXIMILIANO. — Os apartáis de vuestro papel, señor Ministro, porque no habéis venido aquí para alabar; sé que vuestra misión es gruñir y censurar... No quiero preferencias en mi favor.

OCTAVIO. (A Maximiliano.) — Viene de la corte, no en todo tan contenta con el Duque como lo estamos nosotros.

MAXIMILIANO. — ¿Hay que hacerle acaso algún nuevo cargo? ¿Porque él solo resuelve lo que él sólo comprende? ¡Sea en buen hora! Hace bien, y hará bien en continuar lo

mismo. No es su índole acomodarse y doblegarse servilmente á los demás, porque esto es contrario á su carácter é imposible para él. Tocóle en suerte un alma de Soberano, y su cargo es también para mandar. ¡Fortuna es para nosotros que así sea! A pocos es dado el gobernar, y emplear su razón útilmente... Conviene á la generalidad que haya uno que sirva á miles de hombres de punto central y de sostén... que sea á modo de fuerte columna, en la cual puedan apoyarse con placer y seguridad. Ese es Wallenstein; y aunque hubiese otro preferible para la corte... no serviría para el ejército.

QUESTENBERG.—¿Para el ejército? Sí, sí, es verdad.

MAXIMILIANO.—Y regocija, sin duda, observar la animación, la energía, la vida que infunde en cuanto lo rodea, cómo cada fuerza se ostenta á su soplo, y á su contacto acrece cada facultad. Y al mismo tiempo que hace brotar las prendas más relevantes de cada uno, las naturales, y las engrandece, sin desfigurarlas, sino dejándolas tales cuales son, sólo se cuida de que ocupe cada uno su lugar correspondiente, y de este modo se apropia las virtudes de los demás.

QUESTENBERG.—¿Quién le niega el don de conocer á los hombres, y de sacar partido de ellos? Sólo que, mandado, se olvidó de servir, como si su dignidad fuese hija de nacimiento.

MAXIMILIANO.—¿Y no es acaso así? Tiene todas las cualidades naturales para lograrlo, y además la voluntad necesaria para dirigir esas cualidades al fin de desempeñar su talento para el mando, y ejercer su altísimo cargo.

QUESTENBERG.—En resumen, pues, sólo debemos á su generosidad cuanto somos y cuanto valemos.

MAXIMILIANO.—Los hombres extraordinarios necesitan confianza, también extraordinaria. Facilítadle los medios, y él mismo llegará al fin.

QUESTENBERG.—Pruebas de esto hay.

MAXIMILIANO.—¡Así son ellos! Les asusta todo lo profundo, y sólo lo superficial les agrada.

OCTAVIO. (A Questenberg.) —Mostraos condescendiente, amigo mio; no ha terminado todavía.

MAXIMILIANO.—Se acude á él cuando la necesidad apremia, y llena de miedo cuando se muestra tal cual es. Lo no común, lo más elevado ha de igualarse á lo vulgar. En campaña lo presente está siempre erizado de peligros... Menester es mandar en persona, verlo todo por sí mismo. El General necesita de toda su grandeza natural. Concédasele, pues, vivir rodeado de grandezas... Consulta el oráculo que palpita en su interior, no libros viejos, ni antiguas prescripciones, ni papeles mohosos.

OCTAVIO.—¡No despreciemos, hijo mio, las antiguas y rigurosas prescripciones! Son de valor precioso é inestimable, porque sujetan la imperiosa voluntad del hombre á la ley del deber; lo arbitrario es siempre peligroso, y la senda del orden, aunque á veces escabrosa, lleva derecha á su fin. En línea recta va el rayo, y la bala terrible del cañón; corren rápidos, por el camino más corto, se abren paso destruyendo, para destrozarse también al término de su carrera. ¡Oh hijo mio! El destino del hombre, el de la dieba, sigue el curso de los ríos, las desordenadas revueltas del valle, gira en torno de los sembrados y de las colinas cubiertas de viñedos, respetando los límites y señales de la propiedad particular... y así, aunque más tardío, llega también más seguro á la meta.

QUESTENBERG.—¡Oh! Escuchad á vuestro padre; escuchadlo, porque si es un héroe, es también un hombre.

OCTAVIO.—En tí habla el hijo de la guerra, hijo mio. Una campaña de quince años te ha educado hasta ahora... ¡Tú no conoces la paz! Y vale, oh mi hijo, más que la guerra, y el objeto de ésta no es ella misma. Los hechos más gran-

diosos y deslumbradores de la fuerza, los sorprendentes milagros del momento, no son los que proporcionan la dicha, ni durable y tranquilo bienestar. Pronta y apresuradamente levanta el soldado su ligera ciudad de tiendas; bullicio y animación, un instante, reinan en ella; el mercado le da vida; caminos y ríos se ven cubiertos de los artículos más variados, y el tráfico se agita; pero llega un día en que las tiendas desaparecen de improviso, las hordas guerreras se alejan, y el campo se queda solitario, como un cementerio, y pisoteados los surcos, y perdida la cosecha.

MAXIMILIANO.—Dejad, oh padre, que haga la paz el Emperador. De buen grado daría yo todos los laureles de la guerra por la primera violeta que nos trae Marzo, perfumada prenda de la tierra rejuvenecida.

OCTAVIO.—¿Qué te sucede? ¿Qué te conmueve ahora de repente?

MAXIMILIANO.—¿Que yo no he visto nunca la paz?... La he visto, anciano padre; vengo hace poco de verla. La vida, oh padre, tiene también sus encantos, que ignoramos... Hasta ahora sólo hemos recorrido las costas desiertas de la vida feliz, á modo de piratas errantes, que, encerrados en su estrecho y oscuro buque, habitan en las soledades de la mar, con sus costumbres feroces, sin conocer de la tierra inmensa más que las bahías, propicias á sus desembarcos fortuitos y á sus rapiñas. De lo más precioso que oculta en sus valles interiores... ¡oh! de esto, nada hemos visto en nuestra navegación desenfrenada.

OCTAVIO. (Mirándolo con atención).—¿Acaso lo has visto en este viaje?

MAXIMILIANO.—Era el primer descanso de mi vida. Decidme: ¿cuál es el fin y la recompensa de mi trabajo, del penoso trabajo que consume mi juventud, que deja desierto mi corazón y sin goces á mi espíritu, desnudo de

toda gala? Porque el ruido atronador de este campamento, los relinchos de los caballos, los toques de la trompeta, la hora siempre uniforme del servicio, el ejercicio de las armas, las voces de mando... nada seductor ofrecen á mi corazón. No llegan hasta el alma estas ocupaciones sin sentimiento... Existe otra dicha y otras alegrías.

OCTAVIO.—Mucho has aprendido en tan corto trayecto, oh hijo mio.

MAXIMILIANO.—Día bienaventurado será aquel en que al fin el soldado vuelva de nuevo á la vida, al seno de la humanidad; en que las banderas se desplieguen en plácida pompa, y la grata marcha de la paz nos lleve hacia nuestro hogar; cuando todos los cascos y uniformes se adornen con verde ramaje, último despojo de los campos. Las puertas de las ciudades se abrirán por sí mismas, y será inútil el petardo para hacerlas saltar; y llenas estarán las murallas de gente pacífica, que prorrumpen en alegres vítores... Y tocarán á vuelo las campanas de las torres, anunciando el ocaso del día sangriento. De aldeas y ciudades saldrá en tropel muchedumbre aclamadora, embrazando con afectuosa importunidad el paso de las tropas. El anciano, apretando las manos de su hijo, ya de vuelta, se alegrará de haber vivido hasta ese instante; y como un extraño entrará el ausente en su propiedad, largo tiempo abandonada; y, á su regreso, lo cubrirá con sus frondosas ramas la vara, que doblaba á su salida fácilmente. Doncella ya, saldrá vergonzosa á su encuentro la hermana que quedaba en brazos de su madre. ¡Oh! ¡Feliz aquel, para quien una puerta se abra, y más feliz aún si brazos delicados han de oprimirlo dulcemente!

QUESTENBERG. (Conmovido).—¡Oh! ¡Que habléis de una época remota, y no de mañana, y no de hoy!

MAXIMILIANO. (Volviéndose hacia él con prontitud).—¿Quiénes, acaso, lo impiden, sino vosotros los que estáis en

Vienna? ¿He de hablaros con franqueza, oh Questenberg? Cuando os vi aquí, el desagrado oprimió mi corazón con violencia... Vosotros, sí; vosotros sois quienes os oponéis á la paz. El guerrero ha de traerla por la fuerza. Vosotros acibaráis la vida del Príncipe, dificultáis todos sus proyectos; vosotros lo deslustráis... Y ¿por qué? Porque le es más cara la ventura de Europa, que unas cuantas aranzadas de tierra más ó menos, que ha de poseer el Austria... Lo tratáis como á un rebelde, y Dios sólo sabe lo que maquináis, porque perdona á los sajones, y porque se propone inspirar en el enemigo confianza, único medio de conseguir la paz. Si la guerra sucede á la guerra, ¿cómo podrá venir la paz?—¡Andad, pues, andad! Así como amo el bien, así también os aborrezco... Y aquí me obligo solemnemente á derramar por él mi sangre, por Wallenstein, la última gota de mi corazón, antes que os congratuléis de su caída. (Vase.)

ESCENA V.

QUESTENBERG.—OCTAVIO PICCOLOMINI.

QUESTENBERG.—¡Ah de vosotros! ¿Así estamos? (Insistiendo con impaciencia.) Y ¿lo dejamos ir en este error, y no le llamamos para abrirle aquí mismo los ojos?

OCTAVIO. (Saliendo de una meditación profunda.)—Él ha abierto los míos, y más de lo que quisiera.

QUESTENBERG.—¿Qué es eso, amigo?

OCTAVIO.—¡Maldito viaje!

QUESTENBERG.—¿Cómo? ¿Por qué?

OCTAVIO.—¡Venid conmigo! Debo seguir esa huella des-

venturada, verla con mis mismos ojos... Venid... (Quiere llevárselo.)

QUESTENBERG.—¿Qué hay, pues?... ¿Adónde?

OCTAVIO. (Empujándolo.)—¡Hacia ella!

QUESTENBERG.—Hacia...

OCTAVIO. (Reponiéndose.)—A ver al Duque. Vamos. ¡Oh! Todo me lo temo. Envuélvelo ya la red, y él no ha venido como se fué.

QUESTENBERG.—Explicadme tan solo...

OCTAVIO.—Y ¿no podía yo haberlo previsto? ¿No debía haber evitado este viaje? ¿Por qué se lo oculté?... Tenéis razón, debí advertírselo... y ya es tarde.

QUESTENBERG.—¿Por qué es tarde? Reflexionad, amigo mío, que me proponéis verdaderos enigmas.

OCTAVIO. (Más repuesto.)—Vamos á ver al Duque. Venid. Acércase la hora de la audiencia. Venid... ¡Maldito, tres veces maldito sea ese viaje! (Se lo lleva y cae el telón.)